

La impostergable alteridad: del conflicto a la convivencia intercultural.-

Fidel Tubino.

1. La Modernidad fracasada

Las tensiones y conflictos interculturales cada vez más crecientes tanto en el Hemisferio Norte como en el Hemisferio Sur constituyen un signo preocupante de los tiempos actuales. Estas tensiones se han generado, en gran parte, por el fracaso de los procesos de modernización en las sociedades post-coloniales.

Las señales son múltiples: la pauperización creciente de las grandes mayorías del Tercer Mundo, la incapacidad de las democracias liberales para incluir social y políticamente a las culturas subalternas en la vida pública de las naciones, la impotencia de los Estados monoculturales para responder adecuadamente a las reivindicaciones étnicas de las mayorías nacionales, el avance de la pobreza, la proliferación de los fundamentalismos étnicos y religiosos anti-Occidentales, el crecimiento de las distancias económicas y las brechas sociales, la asimetría social, el irracional aumento de los flujos migratorios del Hemisferio Sur hacia el Hemisferio Norte: estos sólo unos de los tantos signos de que los procesos de modernización en el Tercer Mundo no han producido los efectos esperados.¹

¹ Es importante precisar conceptualmente desde un primer momento a qué estamos denominando “procesos de modernización”. La modernización alude a los cambios políticos, sociales y culturales que aparecen ligados a los procesos de industrialización, tales como “el crecimiento urbano, rápido y a menudo caótico, los sistemas de comunicación de masas, de desarrollo dinámico, que envuelven y unen a las sociedades y pueblos más diversos, los Estados cada vez más poderosos, estructurados y dirigidos burocráticamente, que se esfuerzan constantemente por ampliar sus poderes, los movimientos sociales masivos de personas y pueblos, que desafían a sus dirigentes políticos y económicos y se esfuerzan por conseguir cierto control sobre sus vidas, y finalmente, conduciendo y manteniendo a todas estas personas e instituciones, un mercado capitalista mundial siempre en expansión y drásticamente fluctuante”. Berman Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1982. P.2.

La modernización fracasa en América Latina porque, entre otras razones, en lugar de enraizarse en las tradiciones culturales de los pueblos y recrearse desde ellas, les niega validez y las coloca como resistencias u obstáculos para el progreso social. Y las culturas no son ni resistencias ni obstáculos, son por el contrario, los suelos en los que deben enraizarse los modelos de desarrollo, pues, de otra manera no contribuyen a mejorar la calidad de la convivencia intra e intercultural. Las sociedades no tienen una, sino muchas maneras de desarrollarse y son las culturas las que le imprimen su sello, su particularidad, su especificidad. No hay un sólo modelo de desarrollo, así como no hay un sólo modelo válido de entender la vida buena, de encontrarle sentido al trabajo y al ocio, a la vida y a la muerte. Las culturas les proporcionan “a sus miembros unas formas de vida significativas a través de todo el abanico de actividades humanas, incluyendo la vida social, educativa, religiosa, recreativa y económica, abarcando las esferas pública y privada”.²

La modernización sin embargo concibe como válido sólo el modelo de vida buena que propone. Se trata de un modelo que mide la calidad de vida de la gente en función de indicadores exclusivamente económicos y coloca la tenencia de recursos y el aumento de la capacidad de consumo como fines últimos del desarrollo. Esto es un error, pues la calidad de vida no depende de la tenencia de recursos sino del uso que hacemos de ellos; y el uso depende de consideraciones valorativas, éticas, es decir, de los modelos de vida buena que la gente está tratando de realizar en sus propias vidas. El problema de la modernización es que al ser profundamente etnocéntrica, no reconoce como válido más que un modelo de vida buena y de desarrollo social. De ahí que el proyecto moderno sea en sí mismo un proyecto homogeneizador. Es un proyecto que ve en las morales y costumbres alternativas a la Ilustrada, reflejos diversos de formas primitivas o bárbaras de convivencia. Así, al sobrevalorar la propia oferta cultural y desvalorizar simultáneamente las ofertas de vida buena de otras culturas, fomenta procesos de aculturación forzada que tienen como consecuencia la desconexión con lo propio y el desarraigo cultural.

Por ello, y con justa razón, la modernización es muchas veces percibida desde los márgenes como una agresión simbólica o como un proceso desestructurador. Podemos decir en síntesis que, desde la óptica de la

² Kymlicka, Will. Ciudadanía multicultural. Buenos Aires, Paidós, 1996. P. 112.

modernidad ilustrada, progreso equivale a modernización, modernización a occidentalización y occidentalización a desarraigo cultural.

Las teorías y los programas de desarrollo que se han tratado de aplicar en América Latina han sido una expresión privilegiada de los procesos de modernización y de occidentalización del mundo. Recientemente sin embargo, está emergiendo un discurso sobre el desarrollo abierto a las culturas no-occidentales. Está empezando a dejar de ser un discurso profundamente etnocéntrico y por lo mismo, minimizador de la importancia que tienen los referentes ético-culturales de los actores sociales para el buen éxito

. El poco significativo impacto social de estos programas en términos globales es expresión privilegiada del fracaso de los procesos de modernización en América Latina. Los programas de desarrollo no supieron ubicarse en sus contextos de intervención, minimizaron la importancia de las culturas, no reconocieron la alteridad como valiosa, en una palabra, no fueron interculturales: son por ello expresión y parte de la occidentalización soterrada, cuando no explícita, del proyecto modernizador.

Es así como las culturas originarias fueron y son exiliadas de sus lugares ancestrales en nombre del Progreso. Desvalorizadas como obstáculos para el desarrollo porque no tienen lugar en el proyecto de la Modernidad: son superstición, primitivismo, barbarie, o a lo más, folklore.

La Modernidad fracasa en el Hemisferio Sur porque no logra aproximarnos a sus promesas de equidad social, tolerancia cultural, libertad política y solidaridad social. Pero fracasa sobretudo porque al ahondar las desigualdades en nombre del igualitarismo abstracto genera un clima de animadversión colectiva y una cultura de la frustración. La Modernidad es un proyecto trunco porque contradice en lo concreto sus ofertas ideales. Por un lado instituye la dignidad igualitaria en el plano jurídico – la igualdad ante la ley – y, por otro lado, implementa un modelo homogeneizador que ahonda las desigualdades – la misma ley para todos -. Uniformiza la diversidad en nombre de una unificación lingüística y cultural que consolida la hegemonía social de la nacionalidad dominante.

Contradice sus ofertas de equidad al imponer un modelo económico basado en la lógica de la acumulación del capital. Esta lógica produce necesariamente la concentración de la riqueza y por ende, enormes

asimetrías socio-económicas, acelera el proceso de despojo y el empobrecimiento creciente de los que pertenecen a nuestras culturas originarias.

Los procesos de modernización han generado en el Hemisferio Sur, sociedades asimétricas sin precedentes, en las que las grandes mayorías se hallan condenadas a la exclusión absoluta del ejercicio de la ciudadanía debida. El Estado moderno ha cumplido en ello un rol fundamental mediante la implementación de “políticas de construcción nacional “(las “national buildings “). A través de ellas el Estado moderno construyó la identidad nacional de las naciones modernas a costas de la invisibilización de las identidades étnicas originarias. Es cierto que “la modernización implica la difusión en toda la sociedad de una cultura común, incluyendo una lengua normativizada que se expresa en las instituciones económicas, políticas y educativas comunes”³ . Es cierto también que la construcción de una “cultura común “a los ciudadanos miembros de un mismo Estado-nación es “una exigencia funcional de la economía moderna “⁴. Pero es cierto también que “la cultura común” que así se construye no es sino la extensión de la cultura hegemónica al todo social, y la lengua franca, es decir la única lengua con funciones públicas reconocidas por el Estado, la lengua de la nacionalidad dominante. De esta manera, con la modernización las lenguas y las culturas originarias quedan recluídas al ámbito privado y se transforman en culturas societales carentes de funcionalidad social más allá de lo local. Esta reclusión amenaza seriamente su sobrevivencia pues es sabido que “una de las razones por las cuales es improbable que las lenguas que no alcanzan un estatus de lenguas públicas sobrevivan, es que la gente carece de las oportunidades o los incentivos para usarlas y desarrollarlas de manera cognitivamente estimulantes “⁵.

No es por ello exagerado afirmar que el proyecto modernizador de progreso y desarrollo social contiene un potencial etnocida de intolerancia cultural que es preciso visibilizar. En nuestro caso esto es aún más urgente porque en nuestros países no sólo los Estados nacionales modernos invisibilizan a las culturas subalternas y promocionan la homogeneización cultural : en esto hay una extraña complicidad con las

³ Ibid. P- 113

⁴ Ibid.p.113

⁵ Skutnabb-Kangas, Tove. “ Multilingualism and the Education of Minority Children “ . En : Minority education: from shame to struggle. Clevedon, Multilingual Matters Ltd. P. 9-44.

instituciones de la sociedad civil - escuelas privadas, universidades, iglesias, etc.- y los partidos políticos.

La experiencia del fracaso de los procesos de modernización en el Tercer Mundo ha generado profundas reacciones etno-identitarias que rechazan en bloque el proyecto societal de la Modernidad pues ven en él con comprensible razón una estrategia soterrada de occidentalización que subordina y enajena a las culturas no-Occidentales en nombre de principios morales absolutos que justifican la agresión cultural y empobrecen a los pueblos originarios. Frente a esta agresión las repuestas son polifacéticas. Emergen cada día nuevas e insospechadas formas y **estrategias de sobrevivencia cultural** y de auto-ocultamiento que permiten a las personas de las culturas subalternas subsistir en contextos francamente adversos. También se han multiplicado las **estrategias de resistencia cultural** mediante las cuales los colectivos sociales reaccionan a la agresión cultural encerrándose peligrosamente en sí mismos, muchas veces, en torno a un pasado idealizado que nunca existió de hecho, pero que existe con mucha fuerza en el imaginario colectivo de los excluidos. Emergen así cada vez con más fuerza los fundamentalismos étnicos y religiosos anti-occidentales que no están dispuestos a pactar con una Modernidad que, en nombre de grandes ideales, avasalló a los pueblos originarios desde el inicio del contacto.

No es por ello casual que el discurso sobre la interculturalidad como proyecto ético político haya aparecido directamente ligado a las luchas de los excluidos por el reconocimiento de sus derechos. En América latina apareció directamente ligado al reclamo de la educación bilingüe intercultural para los pueblos indígenas, mientras que en Europa apareció ligado al tratamiento del problema del racismo, la xenofobia y la discriminación de los migrantes del Magreb y de América Latina.

2.1 La Modernidad : proyecto sin alteridad.-

El gran problema de la Modernidad frente a las tradiciones de los pueblos originarios es que es un proyecto cerrado, encapsulado, en una palabra, un proyecto que no reconoce la alteridad como valiosa. El Otro está allí para ser incluido o eliminado. La Modernidad es un proyecto colonizador: el Otro debe dejar de ser lo que es y convertirse en lo que nosotros somos, es decir, su opción es aculturarse. Y si se resiste en nombre de sus pertenencias culturales se coloca ipso facto fuera de la ley y consecuentemente debe ser declarado

rebelde y por porlo tanto, atenerse a las consecuencias que tal tipificación implica.

La cultura moderna se ha auto-erigido en la cultura universal y las culturas de los otros no pasan de ser obstáculos que es necesario erradicar para globalizar la racionalidad instrumental y darles el Progreso que nosotros hemos concebido por ellos. En nombre de la Ilustración reducimos al Otro a la categoría de “menor de edad “. El Otro no es un “tú eres”. No es un interlocutor válido: para serlo, debe renunciar a sí mismo, asimilarse al proyecto modernizador, abdicar a su horizonte moral, desarraigarse de su éthos, dejar de ser.

Paradójicamente la modernización enarboló los ideales ilustrados de la igualdad, la libertad y la solidaridad universal como ideales inspiradores del proyecto societal que puso en marcha. El respeto incondicional a la dignidad del Otro como “un fin en sí mismo” fue y es el postulado moral de la Ilustración. La afirmación de la persona como sujeto de derechos inalienables más allá de las diferencias culturales es el principio normativo de la utopía ilustrada .El reconocimiento universal de los derechos civiles y políticos como atributos inherentes a la naturaleza humana independientemente de las contingencias culturales y la diversidad de creencias es el imperativo ético del proyecto modernizador. Sin embargo, en nombre de la tolerancia y el respeto a las diferencias se justificó y se justifica una intolerancia cultural sin precedentes y en nombre de la dignidad humana se atropelló y se atropellan los derechos humanos de los otros, los bárbaros, los que no son como nosotros, los extraños. Ya en el siglo XVIII Goya pintó genialmente la auto-justificación de la barbarie en nombre de la Razón cuando los ejércitos napoleónicos invadieron España para llevar los ideales de la Ilustración a la península Ibérica. Goya fue testigo excepcional de la barbarie que sembraron los ejércitos napoleónicos en tierras españolas. “Yo lo ví” nos dice Goya: “los sueños de la Razón engendran monstruos.” Y esos monstruos de la Razón son los que él ha grabado para desenmascarar la barbarie de la Razón y la denigración de la dignidad humana que tal empresa conlleva. Esta es la gran paradoja del proyecto ilustrado: que en nombre de la dignidad universal se denigra la dignidad del Otro, en nombre de la libertad se somete al diferente y en nombre de la igualdad se homogeneiza la diversidad y se procede al reclutamiento y a la asimilación forzada de aquellos que provienen de éthos y culturas diferentes.

El discurso ilustrado ha generado y generará contradicciones insalvables toda vez que permanezca encerrado en sí mismo. . Es un discurso autoindulgente que justifica aquello que niega y que parte de la desvalorización a priori de las otras racionalidades y de toda otra posible cosmovisión alternativa. Así por ejemplo, desde el proyecto modernizador la naturaleza es valorada como una fuente inagotable de riqueza. De allí que se considere que todas aquellas otras concepciones de la naturaleza que hacen de ella una madre sagrada con la que hay que relacionarse respetuosamente sean consideradas supersticiones que es preciso erradicar para poder modernizar las sociedades arcaicas. No hay alteridad, no hay tolerancia. El discurso de la Modernidad es un discurso auto-referencial: es un discurso cerrado.

No creo por ello que el proyecto modernizador sea un proyecto que hay que desechar de plano. Lo que hay que hacer es retomar sus ideales, no para justificar lo injustificable, sino para realizarlos de verdad. El desenmascaramiento de las contradicciones internas de la Ilustración no debe conducirnos al rechazo en bloque de la modernización de la vida social. Entre tradición y Modernidad no hay una contradicción necesaria. El proyecto modernizador ha funcionado adecuadamente en aquellas sociedades donde surgió como parte de un largo y complejo proceso histórico. La modernización ha logrado generar mejores niveles de igualdad social y de libertad política en aquellas sociedades donde se gestó a partir de tradiciones propias. El problema es cuando se trata de implantarlo arrasando las tradiciones locales y no arraigándola en ellas. Así, para que en América Latina la modernización social nos aproxime a los ideales morales que la inspiraron debe inculturarse en nuestras culturas originarias, arraigarse en las éticas locales y en las formas ancestrales de convivencia solidaria de nuestros pueblos.

El agotamiento de la cultura ilustrada y el desenmascaramiento del proyecto moderno conducen fácilmente al nihilismo destructor y al post-modernismo paralizante. La post-modernidad nos enseña lo que es la Modernidad como proyecto cultural y societal. Es la Modernidad reflexionándose a sí misma, el momento auto-reflexivo del proyecto moderno. Y allí esta su riqueza pero también su limitación. Su riqueza porque nos permite hacer un balance de los logros y de los problemas que ha generado. Pero también su limitación, porque no propone nada. Nos permite reconstruir la inconsistencia conceptual de los grandes meta-relatos de la historia universal y desenmascarar la deleznable función histórica que han cumplido las utopías sociales de la Ilustración. Pero como no es propositiva en su lugar no pone nada, y al no colocar nada nos hace volver la mirada con nostalgia al

pasado pre-ilustrado, para encontrar en él formas de convivencia alternativas a las modernas. Y así, de post-modernos nos convertimos en tradicionalistas. El tradicionalismo es la idolatrización de las tradiciones. El problema es que al sacralizarlas las petrifica y de esta manera las priva de su capacidad innovadora.

El proyecto moderno para adquirir vigencia y legitimidad debe ser enraizado y radicalizado, no abandonado. Para ello hay que empezar por sacarlo del discurso cerrado y narcisista en que se formuló y traducirlo, en clave hermenéutica, en el horizonte de los discursos abiertos y el diálogo entre las culturas.

2 – Qué se puede esperar de la Modernidad? . -

Creo sin embargo que la Modernidad no es un proyecto que habría que abandonar o declarar inviable por las enormes incoherencias que ha generado entre la teoría y la práctica, entre lo que propone y lo que realiza. La Modernidad, señala acertadamente Habermas, posee un potencial autocrítico que le permite identificar sus propias incoherencias y avanzar en el camino de su superación. En lugar de renunciar a los ideales de la Ilustración hay que aprender a realizarlos, en lugar de renunciar a la democracia como forma de organización de la convivencia y de distribución del poder político, hay que radicalizarla.

Es muy oportuno recordar en este momento la posición de Habermas frente a la Modernidad. Sostiene con acierto que “en vez de renunciar a la modernidad y a su proyecto como una causa perdida, deberíamos aprender de los errores de aquellos programas extravagantes que han intentado negar la modernidad”⁶. Con ello parece ser que se estaría refiriendo a aquellas opciones post-modernas que, en nombre del relativismo cultural sacralizan de las tradiciones y proponen un respeto incondicional a las diferencias. Estas posiciones son las nuevas caras del conservadurismo anti-moderno que propone el retorno nostálgico a las

⁶ Habermas. *La Modernidad, un proyecto inacabado*. En: *Colombia, el despertar de la Modernidad*. Bogotá, Foro Nacional, 1991. P 29.

tradiciones ancestrales del mundo pre-moderno. El conservadurismo anti-moderno parte de una confusión estructural: confunde tradición con tradicionalismo. El tradicionalismo petrifica las tradiciones, las convierte en ídolos, y en este sentido las desnaturaliza. El tradicionalismo mata el poder vivificante de las tradiciones, las torna cosas, objetos de culto. Las tradiciones por lo contrario contienen los gérmenes de la innovación, son la condición del cambio, el alma del desarrollo y del florecimiento de las culturas.

En lugar de dejar de lado el proyecto de la Modernidad lo que debemos hacer es revitalizarlo, conectarlo con la sabiduría de la praxis cotidiana, generar vasos comunicantes entre los éthos de los pueblos y el saber de los expertos. Pero para ello, añade Habermas, “el mundo de la vida tiene que hacerse capaz de desarrollar, a partir de sí mismo, instituciones que pongan límites a la dinámica interna y los imperativos de un sistema económico casi autónomo y sus complementos administrativos”⁷. Esto quiere decir que, en lugar de desactivar y privar de funcionalidad pública a las instituciones ancestrales de las sociedades tradicionales, habría que fortalecerlas para colocarle límites a la lógica de la economía de mercado y al accionar de sus instituciones. Este planteamiento de Habermas es teóricamente correcto pero inviable en la práctica en las actuales condiciones. Piénsese por ejemplo en lo que sucede cuando la economía de trueque, propia de las sociedades tradicionales, choca con la economía libre de mercado de las sociedades modernas: la economía de trueque es pulverizada y no puede ser de otra manera.

Desde dónde colocarle un límite a la lógica de la acumulación del capital que es la que distorsiona la Modernidad y la torna contradictoria con sus pretensiones? En el plano de los hechos, los límites a esta lógica perversa están siendo colocados por la conciencia ambiental y la tolerancia intercultural. En primer lugar resalta el accionar de los movimientos ecologistas y la legislación internacional de protección al medio ambiente que le colocan límites al afán desmedido de lucro. En segundo lugar, resalta el accionar de los movimientos indígenas en defensa de sus territorios ancestrales y la legislación actualmente vigente a nivel internacional sobre los derechos de los pueblos indígenas. Ambos movimientos sociales introducen limitaciones importantes, por ejemplo, a

⁷ Ibid. p. 29.

la explotación irracional de los recursos naturales y tornan sustentable el desarrollo social.

Pero las barreras jurídicas a la acumulación del capital no son suficientes, porque el problema no es solamente legal, es sobretudo un problema de mentalidad. El individualismo posesivo es una mentalidad altamente funcional a la economía global basada en la competencia irrestricta y la acumulación de la riqueza. Mientras esta mentalidad siga vigente, las barreras legales no tendrán legitimidad social. Es por ello urgente y necesario generar una cultura de la solidaridad y de la tolerancia intercultural que permita legitimar e innovar en la normatividad existente.

Esta “nueva cultura” de la solidaridad y la responsabilidad social que está emergiendo tiene que interculturalizarse, es decir, abrirse a nuevas formas de organización de la vida diaria que en otros contextos son prácticas muy antiguas. Me refiero por ejemplo a la revalorización, por ejemplo, de prácticas ancestrales de solidaridad comunitaria andina, tales como el ayni o la minka, o, también, a ciertas prácticas tradicionales de administración de justicia a nivel comunal .

Los límites del pluralismo jurídico.

El reconocimiento del pluralismo jurídico no es una manera de sustituir el “ Perú oficial “ por el “ Perú profundo “⁸. Lo que se busca es complementar la administración estatal con la administración tradicional de la justicia.⁹ Sin embargo , el asunto no es fácil pues parten de concepciones muy distintas de justicia culturalmente situadas. Así, en las cosmovisiones tradicionales, la justicia es concebida fundamentalmente como “ reparación” de la armonía natural . Y la reparación se produce cuando se erradica la causa de la ruptura del orden natural de las cosas. En esto consiste el origen del “ daño “, que , de no ser interrumpido mediante una

⁸ La expresión es del historiador Jorge Basadre.

⁹ Al respecto , la experiencia de los Núcleos Rurales de Administración de Justicia (NURAJ) de la comunidad ayacuchana de Chaccas es particularmente ilustrativa. Al respecto, consúltese : Revista Idéale No Lima,

acción visualizada en el trance chamánico, se reproduce en una cadena interminable. Sólo la aplicación de la justicia restablece la armonía natural.

Por otro lado el concepto de “ justicia distributiva “ como “ igualdad de oportunidades “ para todos, sin distinción de género y linaje , es prácticamente inexistente. Y esto porque las sociedades tradicionales son colectivos en los que el ejercicio de los derechos no es igual para todos. Son sociedades jerárquicas que no admiten, por ejemplo, la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer .

En lo que concierne al régimen de sanciones, las colisiones son aún mayores entre el derecho oficial y el derecho de costumbres. Este es el caso del castigo corporal , como por ejemplo, el azote en la plaza pública . Esta es una práctica consuetudinaria en la región andina a la que comúnmente se le reconoce una gran efectividad . la pregunta que surge inevitablemente es . qué se debe hacer cuando hay colisión entre el derecho oficial y el derecho de costumbres ? No se puede dejar de aplicar el derecho oficial ni se puede ignorar el derecho consuetudinario. En otras palabras, se aplica la ley del Estado y se toma en cuenta el derecho consuetudinario como elemento que atenúa la sanción , es decir, como “ error cultural “. Esta fórmula es profundamente insatisfactoria como solución al problema de la colisión de derechos porque el derecho de costumbres no es un error cultural

Se trata, en otras palabras, de empezar por cuestionar la racionalización de la vida cotidiana que el proyecto de la Modernidad ha generado y darles su lugar a las formas comunitarias de convivencia social que el proyecto modernizador desconoce. Se trata de “ aprender a recrear “ los ideales y la institucionalidad de la Modernidad ilustrada desde las tradiciones vivas de nuestros pueblos. Este es el punto de partida obligado para proceder a la reconstrucción de la institucionalidad que la modernidad engendra tanto en el plano económico como en el plano político y administrativo.

El fracaso de los programas pre-modernistas que buscaban la negación de la cultura moderna ha generado un clima de frustración que alimenta el resurgimiento de nuevas formas de antimodernismo neoconservador. Este es el caso por ejemplo del relativismo post-moderno de, por ejemplo, Fernando de Trazignies en Perú, que busca liberar la política de toda suerte de demanda de justificación moral-práctica. En el post-modernismo

se deconstruye el proyecto de la modernidad y “...como sustituto se apunta a las tradiciones, las cuales, sin embargo, se toman por inmunes a las demandas de justificación y validación (normativas)”¹⁰. Ni pre-modernidad ni post-modernidad, ambas son opciones neo-conservadoras que no han aprendido nada de la experiencia de la Modernidad. Antes bien, creo que debemos radicalizar la democracia moderna, enraizarla y recrearla desde nuestras culturas y desde nuestras propias cosmovisiones

3.- La Interculturalidad como proyecto y respuesta

. En su magna obra “La era de la información- Economía, sociedad y cultura” Manuel Castells hace una sugerente distinción entre las identidades legitimadoras, las identidades de resistencia y las identidades proyecto. No se trata de tipos ideales fijos e inamovibles pues un grupo social puede empezar como identidad de resistencia, transformarse luego en una identidad proyecto y terminar siendo una identidad legitimadora. Para entender estas dinámicas identitarias aclaremos el sentido de esta taxonomía. En el lenguaje de Castells las **identidades legitimadoras** que son aquellas que son introducidas por las instituciones dominantes de la sociedad – por ejemplo, la escuela pública, las iglesias o los medios de comunicación de masas -para extender y racionalizar su dominación. Son identificaciones colectivas que cumplen por lo tanto una función francamente ideológica, pues son funcionales para la reproducción de las relaciones de poder establecidas entre la cultura hegemónica y las culturas subalternas.

. En segundo lugar están las **identidades de resistencia** que son “ generadas por aquellos actores que se encuentran en posiciones y condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad “. Es el caso por ejemplo de muchos movimientos sociales indígenas que en su fase inicial se constituyeron como respuesta colectiva frente al fracaso de las ofertas de la modernización, del liberalismo económico y de las democracias representativas.

Las **identidades proyecto** surgen “ cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad

¹⁰ Ibid. p. 30

que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social “¹¹

La Interculturalidad como proyecto ético- político alternativo a los fundamentalismos étnicos y a los fracasos de la Modernidad en el Tercer Mundo se está constituyendo como una identidad proyecto que busca no sólo colocar paliativos a los conflictos sociales y culturales existentes, sino introducir gradualmente una transformación de las estructuras simbólicas y las estructuras sociales de las sociedades asimétricas que bloquean el ejercicio de los derechos reconocidos a las mayorías subalternizadas.

La Interculturalidad como oferta ético-política es resistencia a la modernización occidentalizadora y al mismo tiempo proyecto de radicalización de la democracia: como identidad de resistencia fomenta la revalorización de las identidades despreciadas pero sin promover su encapsulamiento en un pasado idealizado. Pero como identidad proyecto busca introducir cambios sustanciales a través de la utilización adecuada de los espacios públicos de deliberación social de las democracias liberales para visibilizar la violencia simbólica que persiste en nuestras sociedades asimétricas. Hay que visibilizar las violencias latentes para evitar que se tornen manifiestas y – mediante el ejercicio de la política como arte de concertar voluntades colectivas frente a los impasses compartidos - buscar soluciones oportunas que impidan el desencadenamiento de previsibles enfrentamientos violentos y generar en su lugar situaciones justas y simetría social. No hay que esperar que la violencia latente se haga manifiesta para empezar a reaccionar a ella. Es posible y más aún, necesario, visibilizar los conflictos latentes para atenderlos en el momento oportuno y de la manera adecuada .

La Interculturalidad como proyecto ético-político es justamente eso : una manera de iniciar el tratamiento razonable de la violencia latente ya existente en nuestras sociedades. Utilizando el lenguaje de Galtung podemos decir que la Interculturalidad definida en términos éticos y políticos **es una opción por la “paz positiva “**.¹²

¹¹ Castells, Manuel. La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol II. El poder de la identidad. Marid, Alianza Ed.- Siglo XXI, 2001. p. 30.

¹² Cuando Johan Galtung introduce el concepto de “ paz positiva “ lo hace por oposición a la violencia en tanto “ está presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones efectivas, somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales (Sobre la paz. Barcelona, Fontamara, 1985 p.30). Al respecto Xavier Etxeberria explica siguiendo a Galtung que a partir de esta concepción de la

4. Las tareas de las democracias interculturales

Las democracias interculturales tienen como primera tarea descolonizar culturalmente los espacios públicos del debate político. Los espacios públicos del debate democrático deben ser culturalmente inclusivos y socialmente diversos. Pero el debate público deben centrarse en torno a los problemas de justicia cultural y de justicia distributiva de la gente. Pues la injusticia cultural es la otra cara de la injusticia distributiva y la asimetría cultural es la otra cara de la asimetría socio-económica. El aparato burocrático del Estado debe ser un instrumento eficaz y eficiente para ejecutar los acuerdos sociales deliberados en las esferas públicas de la sociedad. En la democracia real el poder administrativo del Estado debe estar al servicio del “poder comunicativo “de la sociedad civil, y no al revés. Fortalecer la institucionalidad democrática pasa necesariamente por el fortalecimiento de las instituciones de la sociedad civil, y de manera especial, el ejercicio transparente del poder.

El Estado nacional moderno nunca practicó la democracia inclusiva. Las culturas nacionales que cohesionaron a los diversos pueblos en un proyecto nacional común han sido las culturas de los sectores dominantes de la sociedad. En las sociedades latinoamericanas han sido las culturas urbanas castellano-hablantes en sus diversas modalidades las que – elevadas al rango de culturas nacionales – se extendieron a las culturas subalternas y construyeron las bases de las identidades nacionales. La exclusión de las culturas originarias de los proyectos nacionales fue soslayada mediante la teoría del mestizaje cultural: la identidad nacional fue presentada como resultado de una síntesis entre lo indígena y lo hispano. Síntesis que nunca se produjo y que más bien sirvió para invisibilizar la injusticia cultural y la asimetría social.

Un proyecto societal intercultural empieza por incluir a los excluidos de la identidad nacional, por refundar las democracias modernas, fuertemente

violencia se distinguen dos nociones de paz. ” La paz negativa es la definida por la ausencia de violencia directa o personal. La paz positiva es en cambio aquella en la que se da la ausencia de la violencia estructural” (inédito). Pero hay que añadir que la paz positiva no es un “ estado social deseable “ : es , por definición , un proceso social.

etnocéntricas y elitizadas. Por hacer de los espacios públicos de la sociedad civil, espacios donde convergan la diversidad cultural y la pluralidad de racionalidades. Esta es la utopía realizable de las políticas interculturales, el télos de la educación intercultural.

4. 1 Hacia una agenda intercultural.-

En sociedades asimétricas como la nuestra el diálogo entre las culturas es más una utopía deseable que una realidad tangible. Y es porque el diálogo es un modo de relación que presupone tres condiciones que son indesligables una de la otra, a saber: simetría entre las partes, reciprocidad en el vínculo y ausencia de coacción. En condiciones de asimetría económica, social y política las posibilidades de encuentros culturales positivos son mínimas. No es que sea imposible su esporádica aparición; intentarlo, es simplemente, andar contra la corriente. Por ello, creemos que lo sensato es, antes de dialogar, intentar crear las condiciones del diálogo. En otras palabras, diría que “ ... no hay que empezar por el diálogo, sino con la pregunta por las condiciones del diálogo. O, dicho todavía con mayor exactitud, hay que exigir que el diálogo de las culturas sea de entrada diálogo sobre factores económicos, políticos, militares, etc, que condicionan actualmente el intercambio franco entre las culturas de la humanidad. Esta exigencia es hoy imprescindible para no caer en la ideología de un diálogo descontextualizado que favorecería sólo los intereses creados de la civilización dominante, al no tener en cuenta la asimetría de poder que reina hoy en el mundo “¹³

Las condiciones necesarias para que puedas producirse el diálogo entre las culturas a nivel macro y micro-social en sociedad asimétricas como la nuestra son :

a. La creación de esferas públicas inclusivas de la diversidad.

-La primera tarea consiste en hacer que las “culturas nocturnas “ pasen del alba y se transformen -en los espacio urbanos- en “ culturas diurnas “.

- Tenemos que des-farandulizar las culturas originarias y hacer que el quechua y el aymara recuperen funciones públicas.

¹³ Fornet Betancourt, Raúl. Interculturalidad y globalización. San José de Costa Rica, DEI, 2000.p.

- Hay que avanzar hacia una racionalidad pública intercultural: pues es justo reconocer que no hay una sino muchas formas de discernimiento político y de diferenciación cultural.

b. Partidos políticos inclusivos

c. Estados multiculturales. Más allá del modelo decimonónico de Estado-nación homogeneizante se trata de replantear: a. la estructura básica y b. el sentido del estado frente a la sociedad civil. En lo concerniente a la “estructura básica “ es preciso recordar que no hay una fórmula única de Estado multicultural para todos los contextos. En segundo lugar, que el federalismo por sí sólo no resuelve los problemas heredados de las sociedades coloniales (Villoro) y **que es preciso dejar el paradigma del federalismo nacionalista y revisar con actitud crítica las nuevas propuestas: “federalismos pluralistas”(Catalunya), municipios autónomos (Chiapas)...** En nuestro caso creo que hay que replantear la descentralización no sólo en términos administrativos o políticos, sino también en términos culturales : desconcentrando funciones sociales desde la cultura hegemónica hacia las culturas subalternas).

d. Construir cultura política pública intercultural – basada en el diálogo intercultural- desde las culturas de base de la sociedad civil.

- Creo que la concepción ilustrada de ciudadanía es la que encuentra a la base de los programas de educación en derechos que se realizan desde los Estados nacionales o desde los organismos no gubernamentales. Creo que este concepto cumplió una función de crítica social muy relevante en el seno de las sociedades jerárquicas del siglo XVIII. Sin embargo, en la actualidad juega roles ambivalentes y ambiguos. Se usa tanto para criticar los atropellos de las dictaduras como para legitimar el uso de la violencia y los atropellos del Imperio.

- El concepto ilustrado de ciudadanía es un concepto marcadamente eurocéntrico y desprovisto de conciencia histórica que necesita ser reformulado para recuperar su potencial crítico.

- La teoría ilustrada de la ciudadanía fue un aporte teórico y práctico muy relevante en su contexto de origen. Sin embargo, creo que en la actualidad se revela como una teoría desfasada que, por lo mismo, alberga serios problemas teóricos y prácticos que nos obligan a revisarla. No para rechazarla sino para

“ponerla al día “. No podemos seguir pensando en el siglo XXI con las categorías del siglo XVIII! A grosso modo podemos decir que el siglo XIX fue el siglo de la “conciencia histórica “y que el siglo XX fue el siglo de la conciencia de la pertenencia a los contextos. Poner al día la teoría ilustrada de la ciudadanía significa “historializar” y contextualizar nuestro concepto de ciudadanía, es decir, pluralizarlo, diversificarlo.

5 . Los sesgos evitables del discurso intercultural.

a. Entre el indigenismo pre-moderno y la interculturalidad.

La reivindicación de las identidades étnicas amerindias conduce con frecuencia a un indigenismo reactivo que propone el retorno a un pasado pre-colonial idealizado que está lejos de ser una alternativa válida viable de mejora de la calidad de vida de los pueblos indígenas. El indigenismo fundamentalista es francamente intolerante y conduce con frecuencia a un encerramiento cultural que impide la apropiación selectiva y crítica de las ofertas de las culturas externas.). Encierra a las poblaciones indígenas en sus propias cosmovisiones. Promueve el **encapsulamiento**, no la apertura al otro. Las incapacita para el desarrollo humano y el “diálogo intercultural “.No es mediante un repliegue nostálgico al pasado idealizado como se promueve la calidad de vida de las poblaciones indígenas sino mediante el impulso a las potencialidades presentes de la gente. Es un movimiento “reactivo”: una nueva forma de fundamentalismo étnico muy común en la región andina

- El indigenismo fundamentalista parte de una **satanización** de la modernidad y la idea ilustrada de “progreso”. Desde esta perspectiva Modernidad y Tradición son irreconciliables. Hay que optar.
- La **sacralización** de las cosmovisiones indígenas propias del indigenismo fundamentalista las coloca como si fueran esencias inmutables que no deben ser tocadas por influencias externas. El derecho a la identidad es paradójicamente interpretado como el derecho a la permanencia y el derecho a la autonomía como el derecho al aislamiento.

- El indigenismo fundamentalista es un movimiento anti-Occidental que conlleva a nuevas formas de etnocentrismo jerárquico. Así, mientras que las racionalidades y las cosmovisiones indígenas son miradas con admiración y nostalgia, la cosmovisión y la racionalidad ilustrada es percibida con desdén y desprecio. Es el racismo al revés.

El discurso intercultural no parte ni de la satanización de los procesos de modernización ni de la sacralización de las cosmovisiones indígenas. No desconoce los evidentes efectos nocivos y el empobrecimiento crónico que los procesos de modernización han producido en las culturas y en las poblaciones indígenas. Pero antes de partir de un rechazo en bloque a la Modernidad parte de un diagnóstico y un balance de ella. Un “balance “de la modernidad que evidencie el imperialismo de la racionalidad instrumental y la universalización del individualismo posesivo sin el cual no funciona la cultura y la economía de consumo.¹⁴

c. **Tribalismo étnico versus Estado nacional.** Con frecuencia se asocia el discurso intercultural a propuestas anti-nacionalistas , como si el poner en evidencia las fracturas identitarias, sociales y culturales existentes en el país fuera una manera de promover la desaparición del Estados nacional. Este es un sesgo que es preciso evitar. Basadre nos recuerda con sabiduría el rol defensivo de la indiscriminada influencia extranjera que pueden cumplir los Estados nacionales en las sociedades post-coloniales como la nuestra. Una sociedad intercultural no es una sociedad sin Estado. De lo que se trata es de pluralizar el Estado nacional, hacer que deje de ser un instrumento de la indiscriminada homogeneización cultural. Generar espacio públicos inclusivos de la diversidad, pluralizar los partidos políticos, interculturalizar la sociedad civil, colocar al Estado al servicio de la sociedad y no la sociedad al servicio del Estado.

d.

¹⁴ Amartya Sen, que es el autor de la teoría del desarrollo de capacidades nos ha enseñado al respecto que la calidad de vida no es directamente proporcional al aumento de la capacidad de consumo sino sobretodo al uso que hacemos de ella. El aumento indiscriminado) de la capacidad de consumo puede incluso desmejorar la calidad de vida de una población .

Estos son algunos los principales desafíos ético-políticos a los que se enfrentan nuestras sociedades en el mundo de la globalización asimétrica.